

siniestro al extremo de la profunda espesura de altos árboles; veía ante sí, como súbita aparición, la Tourgne.

No la Tourgne viva, sino la Tourgne muerta, agrietada, agujereada, hendida y desmantelada. La ruina es al edificio lo que el fantasma es al hombre. La Tourgne era una lúgubre visión. El viajero tenía á la vista una alta torre redonda y solitaria, situada en un rincón del bosque, como un malhechor. Dicha torre, que se elevaba sobre una roca cortada á pico, tenía casi aspecto romano; tan correcta y sólida era y tanto se confundían en aquella masa robusta la idea del poder y la de la ruina. Algo romana era en efecto por el estilo de su construcción, que se empezó en el siglo nueve y se terminó en el doce, después de la tercera cruzada. Las impostas de orejones en cada una de sus divisiones declaraban su edad. Al subir por la escarpa se veía una brecha, por la que podía penetrarse en el interior, y el que entraba lo veía vacío. Era como el interior de un clarín de piedra puesto de pie sobre el suelo. De arriba á abajo no tenía ningún diafragma, ni tejado, ni techo, ni suelo; tan solo arranques de chimeneas y de bóvedas; huecos para colocar las antiguas piezas de artillería, que se llamaban falconetes, situados á diversas alturas; cordones de garfios de granito y algunas vigas transversales que marcaban los pisos; las vigas estaban llenas de estiércol de las aves nocturnas; el muro colosal era de quince pies de espesor en la base y de doce en la cima; aquí y allá se veían hendiduras y agujeros que debieron haber sido puertas; por aquellas se veían escaleras abiertas en el interior tenebroso del muro. El viajero que penetraba allí de noche oía chillar á los cuclillos, á los mochuelos y á los buhos; veía á sus pies zarzas, piedras y reptiles, y encima de él, al través de una circunferencia negra, que era lo alto de la torre, el centelleo de las estrellas.

Era tradición en el país que en los pisos superiores de aquella torre había puertas secretas, formadas como las de las antiguas tumbas de los reyes de Judá, de una gran piedra que giraba sobre un eje, que se abrían y que al cerrarse se confundían con las otras piedras del muro, moda arquitectónica que con la ojiva trajeron los cruzados. Estando cerradas dichas puertas era imposible saber dónde estaban, porque se confundían con las paredes. Todavía

hoy se ven puertas de esa clase en las misteriosas ciudades del Anti-Líbano, que se salvaron del terremoto que hundió las doce poblaciones en tiempo de Tiberio.

II.

La brecha.

La brecha por donde se entraba en la ruina de la torre era el agujero que hizo una mina. Para el inteligente familiarizado con las obras de Errard, de Sardi y de Pagan, aquella mina se hizo científicamente. El horno, en forma de solideo, tuvo las proporciones que requería la fortaleza del muro, que estaba destinado á perforar, y podría contener lo menos dos quintales de pólvora. Llegábase á él por una canal serpenteante, que vale más que una canal recta, y el hundimiento que produjo la mina dejaba al descubierto, en la hendidura de la piedra, el salchichon, que tenía el diámetro requerido de un huevo de gallina. La explosión hizo en la muralla una herida profunda, por la que los sitiadores sin duda alguna entrarían. Aquella torre sostuvo en varias épocas verdaderos sitios. Estaba acibillada de señales de metralla, que no eran todas del mismo tiempo, pues cada proyectil tenía su manera de marcarse en el muro, y todos dejaron en él su cicatriz, desde las balas de piedra del siglo catorce hasta las balas de hierro del siglo diez y ocho.

Por la brecha se entraba á lo que debió ser el piso bajo. Enfrente de ella y en la misma pared de la torre se abría el postigo de una cripta tallada en la roca y que se prolongaba por los cimientos de la torre hasta bajo de la sala de aquel piso.

Esta cripta, cegada en sus tres cuartas partes, la descombró en 1855 Augusto le Prevost, anticuario de Bernay.

III.

El calabozo del Olvido.

Aquella cripta era el calabozo del Olvido; todas las torres tenían el suyo. Dicha cripta, como muchos de los subterráneos penales de su época, tenía dos pisos. El primero, al que se entraba por el postigo, era una pieza abovedada bastante capaz. Se veían en la pared de esta pieza dos surcos paralelos y verticales que iban de una pared á otra, pasando por la bóveda, y que daban idea de las rodadas de un carro. Eran roda-

das, en efecto, porque fueron abiertas por dos ruedas. En los tiempos feudales, en esta pieza se descuartizaba á los reos por un procedimiento menos ruidoso que el de los cuatro caballos. Había allí dos ruedas, tan fuertes y tan grandes, que tocaban en las paredes y en la bóveda. Ataban á cada una de estas ruedas un brazo y una pierna del paciente, y dando vueltas á las ruedas en sentido inverso, quedaba el hombre descuartizado. Como se necesitaba hacer para esto gran esfuerzo, marcó surcos en las paredes el roce de las ruedas. Todavía puede verse una pieza de esta clase en Vianden.

Bajo de ese calabozo había otro, que era el del Olvido. En él no se entraba por puerta alguna, sino por un agujero. Ataban al paciente con una cuerda, que le pasaba por los sobacos, y le bajaban desnudo á aquel calabozo por un hueco practicado en las baldosas de la pieza de arriba. Si se obstinaba en vivir, le echaban el alimento por dicho hueco. Hay un calabozo de esta clase todavía en Bouillon.

Por aquel agujero entraba el aire. La pieza inferior debajo de la sala del piso bajo era, más que una habitación, un pozo. Estaba en contacto con una vía de agua y llena de aire glacial; así, lo que causaba la muerte al preso de abajo daba la vida al de arriba, haciéndole respirable la prisión, pues el piso de arriba solo recibía aire por dicho hueco. Por otra parte, el que entraba ó caía en aquel calabozo no volvía á salir.

A esto llamaban nuestros abuelos una "mazmorra". Habiendo desaparecido ya estos sitios, el nombre carece de sentido para nosotros, que, gracias á la revolución, oímos pronunciar con indiferencia.

Al exterior de la torre y por encima de la brecha, que hace cuarenta años era su única entrada, veíase un hueco más ancho que el de las demás aspilleras, del que pendía una verja de hierro arrancada y rota.

IV.

El puente del castillejo.

A esta torre se unía, por el lado opuesto á la brecha, un puente de piedra de tres arcos, bastante bien conservado, el que sostuvo en otro tiempo un cuerpo del edificio, del que aun quedaban restos. En este cuerpo del edificio se conocían señales evidentes de un incendio;

solo le quedaba el armazón ennegrecido, especie de osamenta, á través de la que pasaba la luz, y se erguía junto á la torre como un esqueleto al lado de un fantasma.

Aquella ruina fué completamente demolida y hoy no queda ya ningún vestigio de ella. Bastaron un día y un aldeano para destruir la obra de muchos siglos y de muchos reyes.

La Tourgne, abreviatura campesina, significa la Tour-Gauvain, lo mismo que la Jupelle significa la Jupelliere.

La Tourgne, que hace cuarenta años era una ruina y hoy es una sombra, era en 1793 una fortaleza. Era la antigua Bastilla de los Gauvain, que por el Occidente defendía la entrada del bosque de Fougères, bosque que ya no existe en la actualidad.

Se construyó esta ciudadela sobre una de las grandes rocas de esquisto que abundan entre Mayena y Dinan, esparcidas entre los setos y los brezos, como si los Titanes se hubiesen hecho la guerra y se las hubiesen arrojado los unos á los otros.

La torre era toda la fortaleza: debajo de ella estaban las rocas y al pie de éstas una de esas corrientes de agua que en el mes de Enero se convierten en torrentes y en el mes de Junio se quedan en seco. Simplificada dicha fortaleza hasta el punto que acabamos de decir, era en la Edad Media casi inexpugnable. El puente debilitaba su posición. Los Gauvain góticos la construyeron sin puente; llegábase á ella por un puente de tabla que puede romperse de un hachazo. Mientras que los Gauvain fueron vizcondes, estaban satisfechos de conservarla así; pero cuando fueron marqueses, al abandonarla para ir á establecerse en la corte, pusieron tres arcos de piedra sobre el torrente y la hicieron accesible por la parte de la llanura, como ellos se hicieron accesibles por parte del rey. Los marqueses del siglo diez y siete y las marquesas del siglo diez y ocho no tenían empeño en ser inexpugnables. El copiar á Versailles reemplazó á seguir las tradiciones de los antepasados.

Enfrente de la torre, por la parte occidental, había una meseta bastante elevada que terminaba en las llanuras: aquella meseta casi tocaba á la torre; solo la separaba de ella un barranco muy hondo, por cuyo seno corría un riachuelo, que era un afluente del Conesnou. El puente que unía la meseta con

la torre estaba fundado sobre altos pilares y sobre ellos se edificó un edificio, de estilo Mansard, más habitable que la torre. Pero entonces las costumbres eran aun muy groseras y los señores preferían habitar los aposentos de la fortaleza, parecidos á calabozos. En el edificio levantado sobre el puente se construyó un largo pasillo, que servía de entrada y que se llamaba la Sala de Guardias; encima de esta sala, que era una especie de entresuelo, se puso una biblioteca, y encima de la biblioteca un granero. Había en el edificio altas ventanas con vidrios pequeños de Bohemia, pilastras entre las ventanas, medallones esculpidos en la pared; tres pisos: en el bajo estaban las partesanas y los mosquetes, en el del medio los libros y en el tercero los sacos de avena. Todo esto era algo silvestre, pero propio de los nobles de aquellos tiempos.

La torre del lado era feroz. Dominaba con toda su altura lúgubre aquel castillejo, y desde la plataforma podía destruir el puente.

Los dos edificios, uno abrupto y otro cortesano, parecía que en vez de juntarse se chocaban, por no estar acordes en el estilo. Aunque los dos semicírculos debieron ser idénticos, nada se asemeja menos á una plena cintra romana que una archivolta clásica. Aquella torre, digna de las selvas, era una vecina extraña de aquel puente, digno de Versalles. Su conjunto inspiraba terror; como si viérais á Alan Barba-Torcida dando el brazo á Luis XIV: de la reunion de las dos majestades resultaba un conjunto feroz.

Insistimos en que bajo el punto de vista militar el puente casi entregaba á la torre; la embellecía, pero la desarmaba, y al ganar en ornamento había perdido en fuerza. El puente ponía su entrada al nivel de la meseta. Continuando inexpugnable por la parte del bosque, se hizo vulnerable por la parte de la llanura. Antes dominaba á la meseta, pero entonces la meseta la dominaba á ella, y un enemigo instalado en ésta podía ser en breve dueño del puente, y la biblioteca y el granero podían servir de auxiliares al sitiador de la fortaleza. La biblioteca y el granero en semejante lugar se parecen en que los libros y la paja son dos combustibles, y para el sitiador que utiliza el incendio, es lo mismo quemar un saco de paja que quemar á Homero, con tal que ardan. Así se lo probaron los franceses á los alemanes cuando incen-

diaron la biblioteca de Heidelberg, y los alemanes se lo probaron á los franceses cuando quemaron la biblioteca de Estrasburgo. El puente, añadido á la Tourgne, era, pues, estratégicamente considerado, una falta; pero en el siglo diez y siete, bajo el gobierno de Colbert y de Louvois, no se creían ya sitiabiles los príncipes Gauvain, lo mismo que los príncipes de Rohán y de la Tremoille. Esto no obstante, los constructores del puente tomaron algunas precauciones. Habían previsto los incendios, y bajo las tres ventanas de la parte resguardada sujetaron transversalmente, por medio de garfios, que todavía se conservaban hace medio siglo, una fuerte escala de salvamento, cuya longitud era igual á la altura de los dos primeros pisos del puente, altura mayor de la que solían tener tres pisos ordinarios. También habían previsto el asalto, y por eso aislaron el puente de la torre por medio de una puerta de hierro, baja y maciza; esta puerta cintrada se cerraba con una gruesa llave, que estaba oculta en un sitio que solo conocía el dueño de la torre, y cuando se cerraba podía resistir el empuje del ariete, y hasta casi el de la bala del cañon, y era preciso pasar por el castillejo del puente para llegar á la puerta y pasar despues por dicha puerta para penetrar en la torre, que no tenía otra entrada.

V.

La puerta de hierro.

El segundo piso del castillejo del puente, muy alto á causa de los pilares, correspondía con el segundo piso de la torre, y á esa altura se puso para mayor seguridad la puerta de hierro.

La puerta de hierro se abría por la parte del puente junto á la biblioteca y por la parte de la torre junto á una gran sala abovedada, que tenía un pilar en el centro; esta sala era redonda, como la fortaleza, y entraba en ella la luz por largas aspilleras, que daban al campo. Las paredes toscas estaban desnudas; nada tapaba sus piedras, simétricamente ajustadas. Llegábase á ella por una escalera de caracol practicada en el espesor del muro, lo que se comprende recordando que era de quince piés de grueso. En la Edad Media se tomaba una ciudad calle por calle, casa por casa y cuarto por cuarto, y sitiábase también una fortaleza piso tras piso; bajo este punto de vista la Tourgne estaba cien-

tíficamente construida y era muy difícil de sitiar. Subíase de uno á otro piso por una escalera espiral de no fácil acceso. Las puertas no daban entrada directa, sino sesgada, y eran más bajas que la estatura ordinaria de un hombre, de modo que era preciso bajar la cabeza para pasar por ellas. Ahora bien, cabeza baja, cabeza perdida, porque el sitiado esperaba al sitiador al umbral de cada puerta.

Bajo de la sala redonda del pilar había otras dos parecidas, una que formaba el primer piso y otra el interior; encima había tres más de la misma clase. Sobre estas seis salas superpuestas se cerraba la torre con una especie de tapadera de piedra, que era la azotea ó plataforma, á la que se subía por un estrecho tragaluz.

Los quince piés de espesor del muro, que fué necesario perforar para poner la puerta de hierro que estaba empotrada, la encajaban dentro de una larga bóveda; de modo que esta puerta, cuando estaba cerrada, lo mismo por la parte de la torre que por la del puente, se encontraba bajo un pórtico de seis ó siete piés de anchura, y cuando estaba abierta, las dos partes de la bóveda solo formaban una de quince piés á la entrada.

Bajo el pórtico del castillejo se abría en el espesor de la pared un postigo, que daba á una escalerilla de caracol, que conducía á la sala del primer piso. Esta era otra dificultad para el sitiador, porque el castillejo solo presentaba en el extremo, por la parte de la meseta, un muro elevado y sin entradas y el puente terminaba allí. Un puente levadizo, aplicado contra una puerta baja, le ponía en comunicacion con la meseta, y el puente, por causa de la altura de la meseta, formaba plano inclinado y conducía al corredor que se llamaba la Sala de Guardias. Si el sitiador se apoderaba de esta sala, tenía precision de tomar á viva fuerza la escalera de caracol que conducía al segundo piso para poder llegar á la puerta de hierro.

VI.

La biblioteca.

La biblioteca era una sala oblonga que tenía la misma anchura y longitud que el puente y una sola puerta, la de hierro. Una mampara forrada de paño verde, que se abría y cerraba al menor impulso, cubría por la parte interior la bóveda, que daba paso á la torre. El

muro de la biblioteca estaba revestido de armarios de cristales, contruidos con el buen gusto de la ebanistería del siglo diez y siete. Seis grandes ventanas, tres á cada lado y una de ellas encima de cada arco, daban luz á la estancia, cuyo interior se veía por ellas desde lo alto de la meseta. En los entrepaños de las ventanas, sobre repisas de roble esculpido, había seis bustos de mármol que representaban á Hermolao de Bizancio, á Ateneo, gramático naucrático; á Suidas, á Casanbon, á Clodoveo, rey de Francia, y á su canceller Anachalo, el que entre paréntesis era tan canceller como rey Clodoveo.

En esta biblioteca había varios libros de poca importancia, pero uno de ellos ha adquirido celebridad: era antiguo, en cuarto, con estampas, y cuyo título en letras grandes decía: *San Bartolomé*, y debajo, en letras más pequeñas, como subtítulo: *Evangelio segun San Bartolomé, precedido de una disertacion de Pantano, filósofo cristiano, sobre la cuestion suscitada acerca de si este evangelio debe ser tenido por apócrifo y si San Bartolomé es el mismo Nathanael*. Este libro, conservado como ejemplar único, estaba sobre un pupitre en medio de la biblioteca, y en el siglo pasado iban á verle los curiosos.

VII.

El granero.

El granero, que tenía la forma oblonga como la biblioteca, y como ésta toda la extension del puente, era el desvan cubierto por la armazon del techo. Formaba un espacio atestado de heno y de paja, y le entraba la luz por seis ventanas de buhardilla. No tenía otro ornamento que una imágen de San Bernabé esculpida en la puerta, al pié de cuya imágen se leía este verso latino:

Barnabus sanctus falcem jubit ire per herbam.

La Tourgne, pues, era una torre alta y grande, de seis pisos, á la que entraba la luz por varias aspilleras, que tenía por entrada y salida únicas una puerta de hierro que daba á un puente castillejo, cerrado por un puente levadizo; detrás de la torre estaba la selva; delante había una meseta cubierta de brezos, más alta que el puente y más baja que la torre; bajo el puente, entre la torre y la meseta, se extendía un barranco profundo y estrecho cubierto de maleza, que era torrente en invierno, arroyo en primavera y foso pedregoso en el verano,

Tal era la Torre-Gauvain, conocida por la Tourgne.

A. Gauvain

Los rehenes.

Se deslizó Julio, vino Agosto, y una corriente heroica y feroz pasó por la atmósfera política de Francia, y dos espectros atravesaron el horizonte; Marat con el puñal clavado en el corazón y Carlota Corday sin cabeza. Cada día la revolución presentaba aspecto más formidable. La Vendée, derrotada en su estrategia grande, se refugiaba en la pequeña, que era la más temible, como ya hemos dicho; aquella guerra era ya una inmensa batalla desparramada por los bosques. Comenzaban los grandes desastres del ejército llamado católico y real; un decreto enviaba á la Vendée el ejército de Maguncia; ocho mil vendeanos habían muerto en Aucenis; habían rechazado á sus partidas de Nantes, las arrojaron de los bosques de Montaigu, las expulsaron de Thonars, las echaron de Noirmontier, de Mortagne de Saumur. Además evacuaban á Partsenay, abandonaban á Clison, se retiraban de Chatillon, perdían una bandera en Saint-Hilaire, eran derrotadas en Pornic, en las Sables, en Fontenay, en Doné, en Chateau-d'Eau, en los Ponto-de-Cé; se encontraban amenazadas en Luzon, en retirada en la Chataigneraye y en dispersión en la Roche-sur-Yon; aunque por otra parte amenazaban á la Rochela, y una escuadra inglesa en las aguas de Guernesey, á las órdenes del general Craig, solo esperaba para desembarcar en Francia una señal de Lantenac. Dicho desembarque podía proporcionar la victoria á la insurrección realista. Pitt era un malhechor de Estado; porque en la política existe la traición, como en la panoplia el puñal. Pitt daba puñaladas á la Francia y hacía traición á su país, porque deshonorarlo es hacerle traición, y la Inglaterra, durante su gobierno y por su influjo, realizaba la guerra púnica, espiando, cometiendo fraudes y mintiendo; guerra contrabandista y falsaria, en la que nada le repugnaba y en la que descendía hasta las más fútiles minuciosidades del odio. Procuraba el monopolio del sebo, que costaba á cinco francos la libra, y en Lila tenía un inglés en el bolsillo una carta de Prigent, agente de Pitt en la Vendée, que contenía estas líneas: "Os ruego que no

perdoneis gasto alguno. Esperamos que los asesinatos se ejecuten con prudencia; los clérigos disfrazados y las mujeres son las personas más á propósito para esta operación. Enviad sesenta mil libras á Ruan y cincuenta mil á Caen." Barere leyó esta carta en la Convención el día 1.º de Agosto. A estas perfidias respondían los actos de salvajismo de Parrein y posteriormente respondieron las atrocidades de Carrier. Los republicanos de Metz y los del Mediodía pedían ir á pelear contra los rebeldes. Un decreto ordenó la formación de veinticuatro compañías de exploradores para incendiar los setos y los vallados del Bocage. La guerra no cesaba en un punto sino para continuar en otro. "No hay cuartel para los prisioneros," era el grito de los dos partidos. La historia proyectaba sombra terrible.

En el mes de Agosto estaba sitiada la Tourgne. Una tarde al anochecer, en la calma del crepúsculo canicular, cuando ni una hoja se movía en los bosques ni una yerba se estremecía en las llanuras, el sonido de una trompeta que procedía de lo alto de la torre se oyó en medio del silencio.

A ese sonido respondió un toque de clarín que procedía de abajo.

En lo alto de la torre había un hombre armado; bajo había un campamento.

Veíase confusamente en la oscuridad, alrededor de la torre Gauvain, un hormiguero de formas negras; este hormiguero era un vivac, cuyos fuegos comenzaban á encender al pie de los árboles del bosque, entre los brezos de la meseta, y agujereaban aquí y allá con puntos luminosos las tinieblas, como si la tierra quisiera llenarse de estrellas al mismo tiempo que el cielo. ¡Sombrías estrellas de la guerra! El vivac, por la parte de la meseta, se prolongaba hasta la llanura y por la parte de la selva se hundía en los zarzales. La Tourgne estaba bloqueada.

La extensión del vivac de los sitiados indicaba que eran éstos en gran número.

El campamento cerraba estrechamente las avenidas de la fortaleza, llegando por la parte de la torre hasta la roca y por la parte del puente hasta el barranco.

Oyóse un segundo toque de trompeta, que fué contestado por otro de clarín. La trompeta preguntaba y el clarín respondía. La trompeta, en nombre de la

torre, interrogaba al campamento: "¿Queréis que hablemos?" y el clarín, en nombre del campamento, le contestaba que sí.

En esta época la Convención no consideraba como beligerantes á los vendeanos, y habiendo prohibido por medio de un decreto cambiar parlamentarios con los "bandidos," suplían por los medios que podían las comunicaciones que el derecho de gentes autoriza en las guerras ordinarias y prohíbe en las guerras civiles. Por eso cuando el caso lo requería había cierta inteligencia entre la trompeta campesina y el clarín militar. El primer toque era una señal preventiva; el segundo toque hacia la siguiente pregunta: "Queréis escucharme?" Si el clarín no contestaba al segundo toque, su silencio significaba la negativa; si respondía, significaba el consentimiento, y por consecuencia la tregua de algunos instantes.

Como el clarín respondió por segunda vez, el hombre que estaba en lo alto de la torre habló, diciendo lo que sigue:

"Hombres que escucháis, yo soy Gouge-le-Bruant, alias Mata-azules, porque exterminé muchos de los vuestros y porque aun mataré muchos más; en el ataque de Granville me cortásteis un dedo de un sablazo sobre el cañon del fusil, y en Laval guillotinásteis á mi padre, á mi madre y á mi hermana Jacqueline. Ya sabéis quién soy.

"Os hablo en nombre de monseñor el marqués de Gauvain de Lantenac, vizconde de Fontenay, príncipe breton, señor de las Siete Florestas, mi señor.

"Sabed desde luego que monseñor el marqués, antes de encerrarse en esta torre, en la que le teneis bloqueado, distribuyó el mando de las operaciones de la guerra entre seis jefes: dió á Deliere el mando del territorio comprendido entre el camino de Brest y el de Ernée; á Treton el del que se extiende entre la Roe y Laval; á Jacquet, alias Cortahierro, el de los confines del Alto Maine; á Gaulier, alias Pedro el Grande, el de Chateau-Goutier; á Lecomte el del territorio de Graon; á Dubois-Guy el de Fougères, y todo el de la Mayena al señor de Rochambeau: de modo que con tomar esta fortaleza nada habeis conseguido en definitiva, y aun en el caso extremo de que el marqués muriese, la Vendée, que es de Dios y del rey, no morirá.

"Esto os lo digo para que esteis prevenidos; el señor marqués está á mi lado y

por mi boca salen sus palabras. Paso á hacerlos saber lo que más os importa.

"No olvideis que la guerra que nos haceis es injusta. Somos los habitantes de este país, combatimos honradamente y somos sencillos y puros por la voluntad de Dios.

"Atacándonos la República vino á turbar la tranquilidad de nuestros campos, á quemar nuestras casas y cosechas y á ametrallar nuestras granjas: nuestras mujeres y nuestros hijos se han visto obligados á huir á los bosques y con los pies descalzos.

"Nos habeis perseguido por las selvas y cercado en esta torre; habeis muerto ó dispersado los que se nos habían unido; teneis cañones, reforzásteis vuestra columna con las guarniciones y destacamentos de Mortain, de Barenton, de Tilleul, de Landivy, de Evran, de Tintinac y de Vitre, con lo que aumentó vuestro número hasta disponer de cuatro mil quinientos hombres para el ataque, mientras que nosotros solo somos diez y nueve hombres para la defensa. Tenemos, sin embargo, víveres y municiones.

"Lográsteis practicar una mina y volar un trozo de la roca y otro del muro, y por ese medio abristeis un agujero al pie de la torre, que es una brecha por la que podeis entrar, aunque no está á cielo abierto, y aunque la torre, tan fuerte como antes, forma bóveda sobre ella.

"Ahora os preparais para el asalto.

"Ahora, pues, voy á deciros lo importante.

"Tenemos en nuestro poder tres prisioneros que son tres niños, que fueron adoptados por uno de vuestros batallones y que por lo tanto son vuestros. Os ofrecemos devolvéroslos, pero con una condicion.

"La condicion es que nos dejéis libre la salida de la torre; si no la aceptais, oid bien lo que voy á deciros: no podeis atacarnos más que por dos partes; ó por la brecha del lado del bosque, ó por el puente del lado de la llanura. El edificio que está sobre el puente tiene tres pisos: en el de abajo, yo, el Imano, he puesto seis toneles de alquitran y cien faginas de brezos secos, en el de arriba hay paja y en el del medio libros y papeles. La puerta de hierro que comunica el puente con la torre está cerrada y el señor marqués tiene la llave. Hice bajo esa puerta un agujero y por él he pasado una mecha untada con azufre; uno de sus extremos está metido en uno de los toneles de alquitran y el otro estará al alcance de

A. Gauvain